

POEMAS DE
ÁLVARO RESTREPO BETANCUR⁵⁸

Rilke

Fueron lentos sus pasos en la noche
y su espada el silencio.
Bien supo soportar, como todo un
asceta, sin
reproche,
la magna soledad que es extravío.
Ese era Rilke el asombrado, el le-
jano,
aquel indómito guerrero del verso,
aquel que en las noches de París
hablara a Kappus,
a su hermano.

Ese era –y ese es– Rilke:
largo grito adivinando el universo.

⁵⁸ Fredonia, Antioquia, 1957.
Profesor de filosofía en la Fa-
cultad de Ciencias de la Edu-
cación Unaula.

Del comienzo y del fin

Dorado ojo del comienzo, oscura paciencia del fin

Georg Trakl

En la oscura habitación, la silenciosa
figura del abuelo roída por el largo
y tormentoso hocico de la noche.

Allá, en el fondo del patio, los niños
dejan sonar sus gritos y sus risas. Una ronda
infantil gira en el espacio nocturno, mientras
los ojos del abuelo se clavan en el
plutónico abismo.

¡Ah! Pero no saben ellos, los dulces párvulos, que
un largo camino hacia la noche les espera.
Nada saben de este profundo y quieto silencio
que se abre, como un largo laberinto, hacia la muerte.

Recuerdo de un viaje

Hace unos años hice un viajecito
ahora lo recuerdo.
Fui tan afortunado para entonces
que monté en el
automóvil meteoro de Apollinaire.

Remonté nubes
y me extravié me perdí
infinitamente errante
por entre innúmeras constelaciones.

Oh cómo recuerdo ahora
ese etéreo viajecito
en el que
—guiado por mi propia Lou—
iba en primera línea
desentendido de
las patéticas y vanas cosas
de este mundo.

Ahora en el hangar del hastío
solo soy el recuerdo de un viaje.

En la cabaña

A Víctor Peñuela Cano, en el recuerdo

Recogido en tu cabaña
de Todtnauberg
te esfuerzas
por comprender el ser.

Una voz vagamente susurrante
te arrastra:
es la voz del camino.

Un insondable
un metafísico canto de sirenas
penetra en tus oídos de campesino.

Viejo Martin
pastor de árboles
en tus ojos tranquilos
reposa el pájaro del asombro.

La nieve arropa tu estancia
mientras laboras
como un topo en invierno
al pie de “una larga chimenea”
que calienta tus pasos
de incansable viajero.

Oh Martin Heidegger
en tu cabaña
de Todtnauberg
acaricias la indecible piel de la vida
que es un insondable
pozo de preguntas.

La noche

La noche

pájaros

negros

en mi

alcoba.

Gritos amorfos

danzando en las paredes.

En el cristal de la ventana
yacen cansadas

las sombras
del día.

La noche,

y yo en medio:

ensangrentado cuerpo
besando las huellas

de la tarde.

La noche:

afilado puñal en mi garganta.

Un poeta

Un poeta de frente ancha
en la que –tierra fértil– florecen conceptos
y –como mariposas– revolotean
las imágenes.

Un poeta de ojos leves, vagos y profundos
un poeta silente
de mirada extraviada
que –como un topo– cava hondo
en la tierra.

Un poeta de labios levemente cerrados
en los que se desbordan
–como un río profundo–
las palabras.

Un poeta de dedos largos y finos
en los que danza y se afina
la música del cosmos.

Un poeta de alma lejana
como “un carrusel vacío en el crepúsculo”.
Un poeta cuyo corazón es
–nos dice en tono melancólico–
un ala viva turbia
“pavorosa ala de anhelo”.

Un poeta crepuscular
hondamente telúrico... Pablo Neruda.

De vuelta en la memoria

En el recuerdo
viejas sombras desandan el corredor
del tiempo.
Como en un antiguo álbum de familia
los rostros conservan sus esencias.
Son muchos los seres que en esta
larga noche de combate
se esfuerzan en ganarle la batalla al olvido.
Algunos se han quedado habitando
en nosotros.
Son muchos los que se han quedado y...
sin embargo,
hoy he visto,
después de muchos años, nuevamente a Carlos.
Nuevos signos he descubierto en su rostro;
son otras las caligrafías de su cuerpo,
y trae puesta una barba de invierno
el lejano fantasma que se quedó
morando la luna plateada de la infancia.
Este espectral Sarrió que baja las escalas
ya no es el mismo.
Prefiero buscarlo de vuelta en la memoria,
no sin antes pensar en las graves palabras:
“Siempre se está a un paso de distancia”.

Como una sonrisa
Camino por las calles
miro al horizonte
soy esta alegría
soy este asfalto
este ruido este pasar de gentes
escucho el insondable sonido de
tambores de agua
de mis labios infinitos cae
un relámpago luminoso:
Oh afirmación de piedra
Oh paloma de luz
en cuyas ligeras alas
cabe la vida
sonrisa
cálida hermandad
dulce encuentro
entre mi yo triste
y mi cálido alegre cuerpo.

He visto

He visto un caballo ebrio de vino
galopando en la vacilante pradera del sueño.

He visto un pájaro sin ojos
chocando entre las ramas verdes de los árboles.

He visto la agonía de un pez
y sus convulsiones de muerte en el mar de arena.

He visto el vuelo sereno del águila
y el triste florecer del liquen en sus garras.

He visto esto. He visto muchas cosas.
¡Ay! Pero la noche quema con sus ojos de fuego.

La pipa de Tarás Bulba extraviada en la hierba

Con miedo, terror
—y hasta un poco de asombro—
he cerrado las páginas del libro.

¿Cómo es posible que el viejo
Tarás se olvide de sus persecutores
para buscar su pipa caída en la maleza?

¡Con qué desparpajo da la espalda
a los bárbaros!

¡Con qué frescura ha bajado
de su caballo!

¡Con qué parsimonia hurga
entre la hierba!

Yo empiezo a adivinar la
forma de su pipa
esa fiel armadura
contra el peligro y
la acechante muerte.

¡Ah, quién tuviera el valor
y la paciencia del
viejo Tarás Bulba!

En este mediodía
a los dioses les pido
una tarásica pipa
para mis horas de abismo.

Una invisible música

*A propósito de un personaje de
Máximo Gorki –Sofía–, en La Madre*

Canta la alondra.
Una alondra canta en el cielo.
Los ojos grises como pájaros vuelan,
arrancando con sus luminosas manos
el cuerpo
de la tierra.

En la límpida altura
una muchacha
asciende al encuentro
de una invisible música.

Oh La Vida, bella canción,
alondra viajera;
con dedos leves, temblorosos,
nos libera, desata el corazón
que ahora sonrío.

